

# ANHELOS SOBRE PUNTAS

La música suena en la sala de ensayo, pero Cleo vuelve a sentir llamas de fuego en sus talones. La bailarina observa su reflejo en el espejo con una extraña sensación de distancia, como si la chica que va vestida con un mono rosa palo fuera otra persona.

Sus brazos ya no son ligeros como el aleteo de los cisnes y el hormigueo de su cuerpo se ha esfumado. Sus pasos son cada vez menos decisivos e incluso desastrosos.

Suspira y deja caer sus manos sobre sus caderas sin esfuerzo. Sus ojos color miel se clavan en sus puntas desgastadas. Recuerda, años atrás, como era considerada una de las mejores bailarinas de ballet clásico de Europa. Ahora, cada giro es una repetición vacía.

Los últimos rayos del sol la animan a irse a casa y descansar. Observa los dedos de sus pies magullados y cubiertos de pequeñas ampollas rojizas. Coge su bolsa a juego con su mono. Se mira una vez más en el espejo. Siente tirones en el cuero cabelludo, pero mantiene su moño perfecto.

La temperatura es agradable cuando sale de la academia. La primavera ha llenado toda la ciudad de colores explosivos y esperanzadores, pero Cleo es la única que no se siente así.

Como todos los días, recorre calle abajo fijándose en los cerezos y con sus cascos puestos. Dentro de tres meses debe representar a su país con el cascanueces y la presión que ejercen sus superiores solo le entran ganas de vomitar.

Cruza por una calle empedrada donde un grupo de niños juegan al fútbol y tres niñas vitorean sentadas en la acera. "Ojalá volver a esos años fugaces donde la única preocupación era jugar con tus amigos" piensa Cleo.

Suspira más fuerte, sintiendo como su pecho se contrae con cada paso hacia delante. Con la cabeza gacha y absorta en sus pensamientos, no se da cuenta de que alguien le ha gritado algo.

Entonces, lo escucha.

Esa voz profunda, pero con un toque de elegancia traspasa todas las capas del alma de Cleo. Como si se tratase de un rayo de esperanza camuflado. Se pone rígida y decide, tras varios largos segundos, levantar la cabeza y encontrarse con esa voz.

Una melodía suave, vibrante, casi triste, se cuela entre el ruido de los coches y el murmullo de la ciudad. Bajo una farola, un joven sostiene un violín, pero sus ojos no están puestos en el instrumento. Ella le mira y al hacerlo, descubre que él la mira a ella.

Cleo siente un burbujeante calor que se cuela en la parte de atrás de su cuello. Sus pies comienzan a andar solos en una única dirección. Cuando llega, se percata de un pequeño sombrero apoyado en el suelo. Dentro de él, hay varias monedas y billetes de diferentes valores.

—¿Cómo te llamas? —la voz del chico resuena en las paredes cercanas.

—Cleo—responde ella, aún agitada.

—Pues Cleo, si vas a rendirte, que no sea hoy—dice con una sonrisa pícaro, ofreciéndole la mano—. Soy Paul, por cierto.

—Es un placer, Paul. Pero... ¿Por qué supones que me voy a rendir? No me conoces.

Paul asiente, levantándose de la silla de plástico. Es mucho más alto que Cleo, lo que le hace

imponente y poderoso. Percibe un destello procedente de sus ojos verdosos.

—Puede que no me conozcas, pero te equivocas al pensar que yo no te conozco—Paul recibe un ligero fruncimiento de ceño por parte de Cleo—. Es verdad que tampoco sé muy bien hasta qué punto es considerado conocer a alguien. Pero, a lo que voy es que te he visto un par de veces pasar por aquí. Siempre a la misma hora. Siempre con una ceja arqueada y un batiburrillo de pensamientos.

Cleo no se molesta en disimular su sorpresa. Para ella es la primera vez que ve al chico. Lo que le ha dicho le hace—en cierta manera—reflexionar y llegar a la conclusión de que durante las últimas semanas no ha pensado en otra cosa que no sea el ballet.

Paul, al ver que Cleo se ha quedado en silencio, probablemente sumergida entre sus pensamientos, vuelve a hablar, atrayendo la atención completa de ella.

—Te propongo algo.

Ahora es el turno de Cleo para que sus ojos brillen con diversión.

—¿De qué se trata?

Paul comienza a caminar en círculos, distraído pero concentrado al mismo tiempo.

—Te ayudaré a que vuelvas a ser la mejor bailarina de ballet de Europa y...

—No soy la mejor—le corrige ella, mirándole.

—Una de las mejores—sonríe el chico volviendo a trazar círculos con los pies—. Tienes mucho talento, pero eso no creo que haga falta que te lo diga.

—¿Y si no hay nada dentro de mí que valga la pena sacar? —la conversación se torna íntima.

—Siempre hay algo que vale la pena sacar de una persona. Incluso de las que se encuentran más perdidas y piensan que el negro es la ausencia de luz.

Cleo inclina la cabeza a un lado. Ella sabe que el ballet es lo único que la mantiene viva e igual no es muy tarde para encontrar el camino de vuelta.

—¿Y, qué ganas tú con ayudarme?

—¿Yo? —se señala a sí mismo—. Demostrarle al mundo que la música une a las personas y también a uno mismo.

—Trato hecho.

Y tras eso, Paul y Cleo se estrechan las manos.

—Mañana, aquí a la misma hora. Te explicaré en que consiste el trato—le dice el chico guardando su violín en su funda y pasándosela por la cabeza—. No te falles a ti misma, Cleo.

Paul desaparece minutos más tarde. Cleo sigue su camino hasta su casa donde se promete a sí misma que volverá.

Al día siguiente, la chica no rompe la promesa y se presenta ahí con el corazón en un puño y con el sonido de sus latidos resonando en sus oídos. A lo lejos distingue a Paul, que se encuentra tocando el violín. Al verla, lo aparta y le propone hablarlo con un café.

Cleo se reclina en la silla sosteniendo su taza con demasiada fuerza.

—Mi propuesta es crear una presentación en la calle juntos—dice Paul tomando un sorbo de la bebida—. Pero con una condición: no tienes que esforzarte por bailar a la perfección, solo vive la melodía. El momento. Deja que tu cuerpo se apodere de la situación y se encargue de

todos y de cada uno de los movimientos.

Cleo le mira estupefacta, pero termina accediendo. ¿Qué otra cosa puede hacer? Ha probado todos los métodos de relajación que existen, ha intentado esforzarse al máximo, dando su cien por cien, pero nada ha servido. Cree que esto tampoco le va a salvar, pero ve algo en Paul que le grita que coja su mano y salten juntos por ese acantilado.

—¿Y si después de eso me sigo sintiendo igual o incluso peor? Habríamos hecho algo que no habrá servido para nada y no puedo perder el tiempo...

—Nunca vas a saber si una cosa saldrá bien o mal hasta que la haces. ¿Alguna vez has tomado algún riesgo, Cleo? ¿Dejarte fluir y que nada ni nadie se interponga? ¿Conoces esa sensación? ¿Ese sentimiento? ¿La adrenalina?

Todas las preguntas de él le hacen morderse la lengua e intentar responderlas. Aunque solo sea en su mente, porque nunca lo diría en alto.

¿Alguna vez ha tomado algún riesgo? Sí. Cuando accedió a interpretar un baile cuando le quedaban menos de cinco minutos para salir y con más de doscientos espectadores.

¿Dejarse fluir y que nada ni nadie se interponga? Bueno... esa no lo tiene muy claro. Su profesora se ha interpuesto definidas veces y ella se lo ha permitido.

¿Conoce esa sensación? Probablemente no.

¿Ese sentimiento? Pues tampoco.

¿La adrenalina? No.

Hace un repaso mental y para cuando se quiere dar cuenta, la noche ha caído y su taza de café está vacía. Pestañea varias veces antes de enfocar su vista en Paul.

—Mañana será la presentación—anuncia levantándose de la silla.

A Cleo se le abre la boca.

—¿¡Mañana!?! Pero hay que prepararlo y ensayarlo... No podemos ir sin nada, eso sería muy poco profesional.

—Cleo, es que no se trata de ser profesionales—le asegura Paul con una risa de por medio—. Ni si quiera hace falta preparar nada. Va a ser algo espontáneo, natural. Por eso te he pedido antes que sientas la música y la expreses con tu cuerpo.

—Vale. Lo entiendo.

—¡Perfecto! Ya verás cómo va a salir bien. ¿Y si no? Qué más da. ¿El arte no es caótico?

Paul le guiña un ojo y se va calle arriba. Cleo se queda analizando la conversación. Cuando un bostezo sale de sus labios, hace lo mismo.

Solo le queda treinta minutos para hacer el mayor ridículo de su vida y raramente, se sentía muy tranquila. Si tuviera que describirse en una palabra diría planificadora. Cleo necesita que todo esté perfecto. Que no haya ningún mínimo fallo y lo que está a punto de hacer es completamente lo contrario. ¿Qué es lo que le había dicho su psicóloga? Ah sí, que debía soltarse un poco más y dejar de ser tan perfeccionista. Supone que estaría contenta sabiendo sobre ese chico y su propuesta. Pero mucho más, al haber ella aceptado.

Se pone un tutú viejo, porque no quiere arruinar los nuevos y porque son muy caros para poder permitirse comprarse otro, y se ata el pelo en una coleta alta. Sale de casa con su bolsa colgando del hombro y una barrita energética que piensa que de alguna forma le hará soltarse más a parte de darle energía.

Al no tener el número de Paul, no le queda otra opción que confiar en él y rezar para que no la deje plantada. Recorre las calles con la sensación del aleteo de una mariposa en el estómago. Cuando llega y ve a Paul, sus ojos brillan y las comisuras de sus labios se abren en una sonrisa.

—Ya pensaba que me habías dado plantón.

—Yo pensaba lo mismo —admite moviendo los pies para calentar—. A sí que... ¿Espontáneo?

—Espontáneo—le asegura el chico sacando el violín de la funda.

Las sombras de los edificios se alargan mientras el sol comienza a caer. Hace la temperatura perfecta. Paul comienza a tocar una melodía ligera. Cleo hincha sus pulmones y cierra los ojos. Cuando unos segundos después, siente que puede, lo hace. Comienza a bailar sobre el pavimento como si fuera el escenario de un gran teatro.

Con cada giro, su falda flota y siente que puede alcanzar las nubes del cielo. La multitud se hace cada vez más notable hasta el punto que han formado un círculo para que Cleo puede vivir el momento. El violín marca el ritmo y los pies de algunas personas se mueven a la par.

La melodía se ralentiza a medida que Cleo se funde con ella. Ve de reojo a Paul esbozando una sonrisa a pesar de estar concentrado en el instrumento. Siente esa conexión que anhelaba con recuperar. Sus pies se deslizan hacia la izquierda, dando como resultado un giro doble.

Ha perdido la noción del tiempo y se alegra por ello. ¿Lleva diez minutos? ¿O ni si quiera ha pasado uno?

La gente no aplaude aún. Contienen la respiración y Cleo sigue bailando.

Entonces la última nota se desvanece y Cleo cae de puntillas al suelo, con los brazos abiertos. El silencio inunda el lugar y ambos se miran creyendo que no ha sido suficiente, pero el público estalla en aplausos y silbidos. Una lluvia de monedas cae dentro del sombrero de Paul.

Ellos solo se miran y se sonríen. Cleo corre hacia él y Paul la coge al vuelo.

—¿Así que... la mejor bailarina de ballet de Europa?

—¿Y, tú le has demostrado al mundo que la música une a las personas y también a uno mismo?

El crepúsculo está pintado con tonos naranjas y rojos intensos. Saben que su propuesta se ha convertido en un juego, una terapia, un refugio para ambos. Pero, sobre todo, un proyecto donde la luz ha vuelto a ellos.

Cuando solo se quedan ellos en mitad de la calle, recogen todo y deciden caminar por el paseo marítimo.

—Gracias, Paul.

—Soy yo el que te tengo que dar las gracias, Cleo. Sus ojos miel conectan con los del chico.

Y siguen caminando, sin saber a dónde, pero con la certeza de que los sueños no siempre mueren, a veces solo cambian de escenario. Y el de Cleo acababa de cambiar.